

Mateo 9, 36-38; 10, 1-8

Al ver Jesús a la muchedumbre, sintió compasión de ella, porque estaban extenuados y abandonados «como ovejas que no tienen pastor». Entonces dijo a sus discípulos: «La mies es abundante, pero los trabajadores son pocos; rogad, pues, al Señor de la mies que mande trabajadores a su mies».

Y llamando a sus doce discípulos, les dio autoridad para expulsar espíritus inmundos y curar toda enfermedad y toda dolencia. Estos son los nombres de los doce apóstoles: el primero, Simón, llamado Pedro, y Andrés, su hermano; Santiago, el de Zebedeo, y Juan, su hermano; Felipe y Bartolomé, Tomás y Mateo el publicano; Santiago el de Alfeo, y Tadeo; Simón el de Caná, y Judas Iscariote, el que lo entregó. A estos doce los envió Jesús con estas instrucciones: «No vayáis a tierra de paganos ni entréis en las ciudades de Samaría, sino id a las ovejas descarriadas de Israel. Id y proclamad que ha llegado el reino de los cielos. Curad enfermos, resucitad muertos, limpiad leprosos, arrojad demonios. Gratis habéis recibido, dad gratis».

GUÍA PARA ACOGER EL EVANGELIO EN LA VIDA

«Al ver a la multitud, se compadecía de ella»

Esta guía quiere ayudarte a pasar del Evangelio a la vida y de la vida al Evangelio. No se trata solo de comprender lo que Jesús hizo hace dos mil años. Se trata de descubrir qué quiere despertar hoy en ti su mirada, su compasión y su llamada. Busca un lugar tranquilo.

1. DETENERSE PARA ESTAR PRESENTE Y ABRIRSE AL ESPÍRITU

Antes de responder a ninguna pregunta, simplemente detengo.

Jesús se detiene para mirar.

También yo necesito detenerme para mirar mi propia vida.

Respiro lentamente.

Siento mi cuerpo.

Tomo conciencia de cómo llego a este momento.

Me pregunto:

- ¿Cómo estoy realmente?
- ¿Qué llevo hoy dentro de mí?
- ¿Qué ocupa mi mente?
- ¿Qué preocupa mi corazón?
- ¿Qué necesita mi vida en este momento?

Permanezco unos instantes en silencio.

Respiro.

Y pido sencillamente:

Espíritu de Jesús, ayúdame a mirar la vida como Tú la miras.

2. RECONOCER LOS SENTIMIENTOS QUE DESPIERTA EL EVANGELIO

Leo lentamente el Evangelio de Mateo 9, 36-38; 10, 1-8.

Hago silencio.

Me fijo especialmente en algunas expresiones:

- «Vio a la multitud».
- «Se compadecía de ella».
- «Estaban cansados y abatidos».
- «La mies es abundante».
- «Los trabajadores son pocos».
- «Llamó a sus discípulos».
- «Gratis habéis recibido, dad gratis».

Dejo que alguna palabra o imagen se quede resonando en mi interior.

La lectura de este Evangelio también despierta sentimientos en mí.

Los escucho.

Sin juzgarlos reconozco.

Me pregunto:

- ¿Qué siento al contemplar a Jesús mirando a la multitud?
- ¿Qué siento cuando escucho que las personas estaban cansadas y abatidas?
- ¿Qué siento al mirar nuestro mundo?
- ¿Qué siento al mirar mi propia vida?

Tal vez aparezcan:

- compasión,
- tristeza,
- impotencia,
- esperanza,
- cansancio,
- deseo de ayudar,
- indiferencia,
- gratitud,
- preocupación.

Profundizo un poco más

- ¿Qué sentimiento ocupa más espacio dentro de mí?
- ¿Qué me llama más la atención de lo que siento?
- ¿Qué me quiere decir ese sentimiento?

3. DESCUBRIR HACIA DÓNDE ME CONDUCEN LOS MOVIMIENTOS INTERIORES

No basta con reconocer lo que siento.

Necesito descubrir hacia dónde me lleva.

Hay sentimientos que me cierran.

Y hay sentimientos que me abren.

Hay movimientos interiores que me alejan de la vida.

Y otros que me acercan más a ella.

Me pregunto:

- ¿Lo que siento me invita a acercarme o a alejarme de los demás?
- ¿Me lleva a la indiferencia o al compromiso?
- ¿Me encierra en mí mismo o me abre a los otros?
- ¿Me llena de esperanza o de resignación?
- ¿Me hace más humano?

Contemplo de nuevo a Jesús.

Su compasión no lo paraliza.

Lo mueve a actuar.

Lo mueve a llamar.

Lo mueve a enviar.

Me pregunto:

- ¿Qué está despertando este Evangelio en mí?
- ¿Qué me impulsa a hacer?
- ¿Qué me impide responder?

4. ESCUCHAR LA LLAMADA DEL ESPÍRITU DE JESÚS

Jesús no solo mira a la multitud.

También llama a sus discípulos.

Y los llama tal como son.

Con sus talentos y sus límites.

Con sus fortalezas y sus fragilidades.

También hoy me llama a mí.

No para hacer cosas extraordinarias.

Sino para hacer presente el Evangelio allí donde vivo.

Escucho:

¿Qué palabra del Evangelio resuena más en mí?

¿Qué llamada percibo en este momento?

Quizá el Espíritu me invita:

- a escuchar más;
- a estar más atento/a al sufrimiento cercano;
- a reconciliarme con alguien;
- a salir de mi comodidad;
- a comprometerme con alguna persona necesitada;
- a ofrecer más tiempo;
- a vivir con mayor gratuidad;
- a confiar más.

Me pregunto:

- ¿A quién me está enviando hoy Jesús?
- ¿Qué personas "cansadas y abatidas" encuentro cerca de mí?
- ¿Qué necesita de mí el mundo que me rodea?

5. RESPONDER DESDE EL CORAZÓN

El Evangelio termina con una invitación sencilla y exigente:

«Gratis habéis recibido, dad gratis».

Todo lo esencial lo hemos recibido como don.

Ahora Jesús nos invita a convertirnos también nosotros en don para otros.

No respondo con teorías.

Respondo con una decisión concreta.

Me pregunto:

- ¿Qué paso concreto puedo dar esta semana?
- ¿A quién puedo acercarme?
- ¿A quién puedo escuchar?
- ¿Qué gesto de compasión puedo realizar?
- ¿Qué puedo ofrecer gratuitamente?

Elijo una acción sencilla y posible.

No pienso en grandes proyectos.

Pienso en una persona concreta.

Pienso en un gesto concreto.

Pienso en hoy.

ORACIÓN FINAL

Señor Jesús,

Tú que viste a la multitud

y te dejaste tocar por su sufrimiento,

abre mis ojos para ver,

mi corazón para sentir

y mis manos para servir.

No permitas que viva indiferente

ante las heridas de los demás.

Hazme descubrir

a quién me envías hoy.

Y que aquello que gratuitamente he recibido,

se convierta también en don para otros.

Amén.